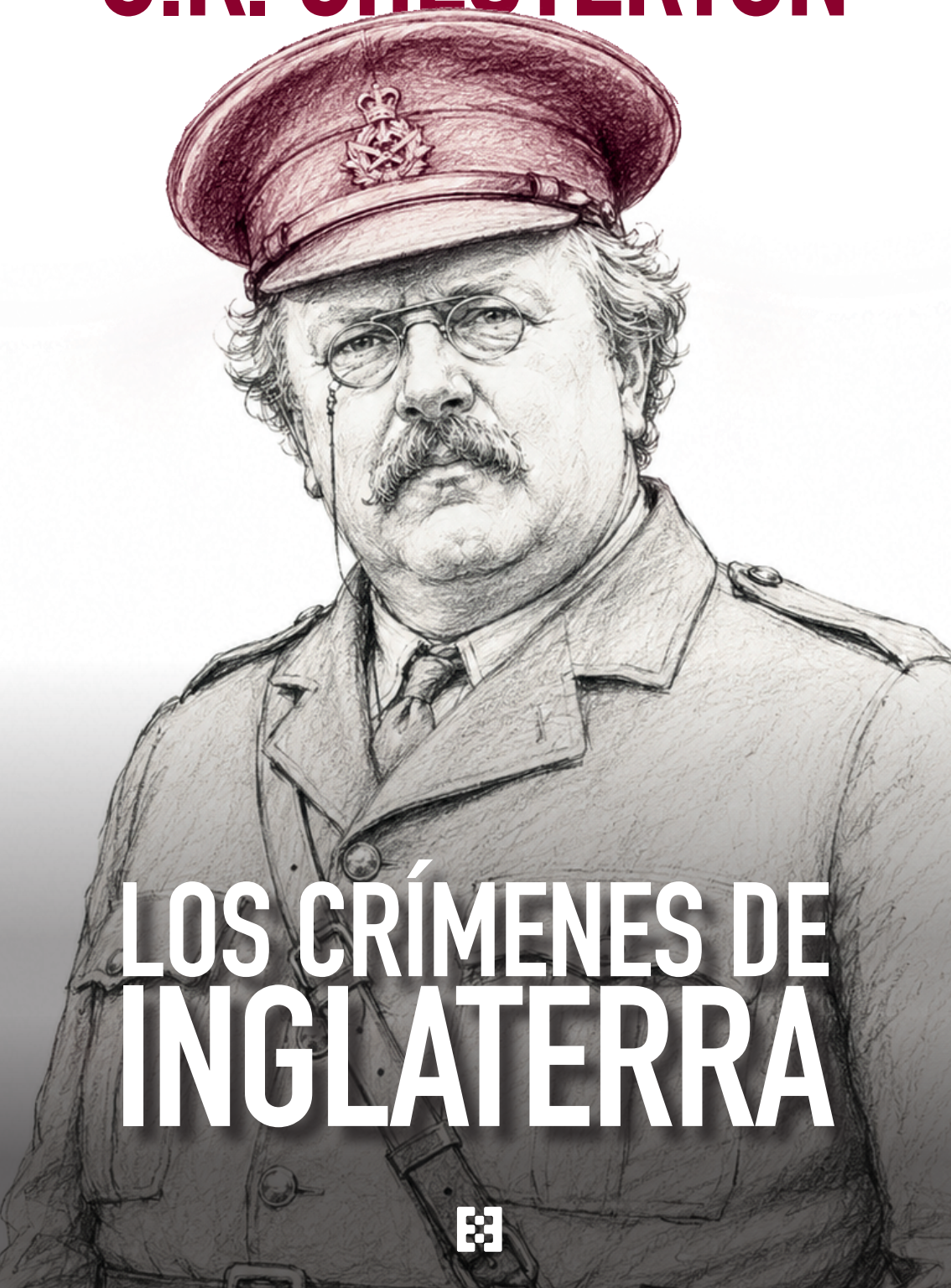


G.K. CHESTERTON



LOS CRÍMENES DE INGLATERRA



G. K. Chesterton

Los crímenes de Inglaterra

*Traducción, introducción y notas de
Miguel Ángel Romero Ramírez*



Título original: *The Crimes of England*

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026

Traducción, introducción y notas de Miguel Ángel Romero Ramírez

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 191

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-295-0

Depósito Legal: M-16891-2026

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción	7
I. Algunas palabras para el profesor Whirlwind.....	13
II. El Héroe Protestante	25
III. El enigma de Waterloo	41
IV. La llegada de los jenízaros.....	53
V. La Inglaterra perdida.....	65
VI. Hamlet y los daneses	79
VII. La medianoche de Europa.....	93
VIII. El caballo equivocado.....	105
IX. El despertar de Inglaterra.....	119
X. La batalla del Marne.....	131
Nota acerca de la palabra «inglés»	141

INTRODUCCIÓN

Después de dar una conferencia en Oxford —en la que fue «a hablar en defensa de la declaración de guerra por parte de Inglaterra ante una inmensa masa de estudiantes»¹— el escritor inglés G. K. Chesterton (1874-1936) regresó a casa triste, cansado, enfermo, abatido y agobiado. Al llegar, se desplomó en la cama, partiéndola en el acto. Más tarde afirmaría: «aquella noche fue una pesadilla para mí»². Permaneció un año en cama, suspendido entre la inconsciencia y el sueño, entre la vida y la muerte. La Gran Guerra, o la Primera Guerra Mundial, comenzaba a mostrar su rostro más crudo. Afectado profundamente en su corazón, Chesterton somatizó el sufrimiento, quedando postrado, como si el dolor del mundo se hubiera encarnado en su propio cuerpo.

Cuando recobró la lucidez, pidió todos los periódicos y semanarios y retomó, con renovada energía, su labor de escritor: «Cuando me recuperé, leí todo lo relacionado con la guerra y luego, como quien retoma la rutina de la vida cotidiana, empecé a responder»³. La guerra no lo dejó indiferente. Entre 1914 y 1918, sus escritos

¹ G. K. Chesterton, *Autobiografía*, Acantilado, Barcelona 2003, p. 284.

² *Ib.*, 284.

³ *Id.*

adquirieron un marcado tono social y político⁴. Ya había publicado *The Barbarism of Berlin* (1914), obra que fue traducida y suavizada en España, en la misma fecha, bajo el título *Sobre el concepto de barbarie*, con un prólogo de Miguel de Unamuno. Más adelante, este texto fue reeditado como *El apetito de la tiranía* (1915). A este le siguió *Los crímenes de Inglaterra* (1915), y finalmente cerró el ciclo con *Breve historia de Inglaterra* (1917). Puede decirse, con razón, que estos textos conforman una unidad, o incluso una trilogía, pues comparten una misma finalidad: además de comprender la esencia de Inglaterra y los conflictos europeos, busca desentrañar la injusticia humana y las contradicciones de los pueblos.

De todos estos escritos, *Los crímenes de Inglaterra* parece haber sido el que más satisfizo a su autor. Así lo confiesa en su *Autobiografía* (1936):

A pesar de todo lo anterior y de haber escrito durante la guerra el opúsculo titulado «La barbarie de Berlín», me siento orgulloso de haber escrito también un libro mucho más largo titulado *Los crímenes de Inglaterra*. Estaba firmemente convencido de que la hipocresía de Inglaterra era una locura en aquellos momentos de intensa realidad moral. Por tanto, escribí un libro con una lista de los auténticos pecados del Imperio británico a lo largo de la historia moderna, en el que también se ponía de manifiesto que el Imperio germánico no sólo cometía todos estos pecados, sino que eran aún mucho peores; además, quedaba claro que las peores tendencias británicas se daban por una clara influencia de Alemania. Fue una política progermánica —el apoyo al héroe protestante en Prusia o a los príncipes protestantes de Hanover— lo que nos había llevado a involucrarnos en la fatal disputa con Irlanda y en cosas aún peores. Nuestro reciente imperialismo había sido una loa a Prusia, como ejemplo y como excusa⁵.

⁴ Además de algunos escritos breves relacionados explícitamente con la Primera Guerra Mundial —como *Lord Kitchener* (1917) y *How to Help Annexation* (1918)—, Chesterton abordó también otros temas de carácter social, como *Divorce vs. Democracy* (1916) y *Utopia of Usurers* (1917).

⁵ *Autobiografía*, op. cit., pp. 287-288.

En efecto, el título del libro *Los crímenes de Inglaterra* es, por supuesto, irónico⁶. Lo que Chesterton pretende no es acusar a su patria, sino más bien señalar los verdaderos errores de Inglaterra: su ceguera diplomática, su indulgencia excesiva, su miopía política frente a las señales del tiempo. En particular, critica el hecho de haber considerado a Alemania como una aliada natural durante buena parte del siglo XIX, cuando ya era evidente —según él— que la lógica prusiana se oponía frontalmente a todo lo que Inglaterra debía defender. La gran acusación de Chesterton no es que Inglaterra haya sido imperialista, violenta o interesada (lo cual también afirma, aunque en otros contextos), sino que haya sido ingenua, complaciente, cobarde. Su «crimen» fue la indulgencia: no haber denunciado a tiempo los signos del absolutismo germánico, haber confiado en la buena voluntad de un régimen que —como él lo ve— solo podía conducir al desastre. Esta idea, expresada en su *Autobiografía* al reflexionar retrospectivamente sobre la participación de Inglaterra en la Primera Guerra Mundial, recorre y orienta todo el presente libro:

El conflicto estalló en Europa porque el prusiano era insufrible. ¿Cómo habría sido ese prusiano si, además de ser insufrible, hubiera demostrado que era imbatible? ¿Cómo habría sido el káiser, con su fuerza coercitiva y sus baladronadas de Atila, líder de los hunos, incluso en tiempo de paz, si hubiera resultado victorioso en una contienda universal? Sin embargo, esa es la pregunta elemental que hay que hacerse si nos preguntamos si merecía la pena que aquellos hombres empezaran a luchar y siguieran luchando. No es cuestión de hacerse preguntas desmesuradas y delirantes sobre si el mundo ha mejorado con la guerra, si Utopía o la Nueva Jerusalén han nacido de la guerra, o de preguntarnos en ese estilo apocalíptico tan de moda qué ha nacido de la guerra. Nosotros hemos nacido de

⁶ Como también lo explica Chesterton en su *Autobiografía*, Ian Ker señala que, en ciertas ocasiones, algunos malentendían el título del libro, como si se tratara, a la postre, de un panfleto pacifista. Suponían que era una obra destinada a enumerar los errores y delitos de Inglaterra. Cf. Ian Ker, *G. K. Chesterton: A Biography*, Oxford University Press, Oxford 2011, p. 366.

la Guerra y hemos nacido vivos; Inglaterra y Europa han nacido de la Guerra, con todos los pecados sobre sus hombros, confundidas, corrompidas, degradadas, pero no muertas. La única guerra defendible es una guerra defensiva. Y una guerra defensiva, por su propia definición y naturaleza, es aquella de la que el hombre vuelve apaleado, sangrante, y presume tan sólo de no haber muerto⁷.

Chesterton sostiene aquí una postura que algunos críticos han calificado como «teutonofóbica». No oculta su desprecio hacia el sistema prusiano, al que considera una maquinaria impersonal, carente de alma, construida para destruir todo lo humano. El *teutonismo* y el *pangermanismo*, según él, no son una simple exaltación racial, sino una verdadera religión política: la adoración del Estado, la obediencia ciega, la supremacía de la técnica sobre la ética. Más allá del nacionalismo, Chesterton ve en esta ideología una amenaza espiritual. Y en este sentido, su crítica se anticipa a los horrores del siglo XX. Aunque el escritor inglés no podía prever los acontecimientos del nazismo, ya percibía con agudeza los signos de una cultura que se inclinaba hacia el totalitarismo. Su alusión a 1870 —a la unificación alemana tras la guerra franco-prusiana— como el «cenit» del teutonismo resulta hoy escalofriante. Porque, efectivamente, lo que comenzó entonces desembocó en dos guerras mundiales y en una de las mayores catástrofes morales de la humanidad.

Quien se adentre en estas páginas debe hacerlo con una disposición especial. No encontrará aquí un ensayo pacientemente articulado y claro sobre la política internacional británica ni un repaso detallado y cronológico de los conflictos europeos. El lector encontrará, más bien, una visión condensada y apasionada de la historia

⁷ *Autobiografía*, op. cit., pp. 281-282.

europaea, narrada por un hombre que escribe como si no tuviera tiempo, pero al que no le falta ni una gota de lucidez. El estilo de Chesterton —capaz de girar en una sola frase desde el humor hasta la tragedia, de pasar en dos líneas de la paradoja al juicio moral— convierte el texto en una suerte de mosaico brillante, donde cada piedra es una imagen y cada imagen, una interpretación del mundo.

Este carácter fragmentario, aforístico y profundamente literario del libro le da un tono extraño, incluso fantástico. Parece que el autor escribe desde un escenario más simbólico que factual, como si la historia se hubiera convertido en un drama metafísico. Y, sin embargo, se trata de política, de diplomacia, de guerras, de alianzas y traiciones concretas. Chesterton, como siempre, escribe desde la paradoja: lo más concreto se vuelve alegórico; lo más histórico, arquetípico; lo más nacional, universal.

Ahora bien, teniendo esto en cuenta, hemos optado por acompañar el texto con notas a pie de página. No se trata, por supuesto, de ofrecer una interpretación exhaustiva del pensamiento chester-toniano ni de desmenuzar cada una de sus intuiciones, sino más bien de ayudar al lector a orientarse entre las múltiples referencias que el autor da por supuestas. La historia europea moderna —al menos hasta la Primera Guerra Mundial— formaba parte del horizonte común de los lectores británicos de comienzos del siglo XX. Pero no es este el caso de los lectores actuales, especialmente de aquellos que se acercan a la obra desde lenguas y contextos culturales diferentes. De ahí que el objetivo de estas notas sea puramente referencial: ofrecer las claves mínimas para no perder el hilo cuando Chesterton menciona un personaje, un lugar o un acontecimiento que hoy resulta oscuro. Las notas, por cierto, son acumulativas y progresivas: solo explicamos en su primera aparición lo que puede necesitar aclaración, confiando en que el lector sabrá reconocerlo cuando reaparezca.

A propósito, esta edición, con sus notas aclaratorias, busca facilitar el acceso a esa riqueza. No pretende sustituir la lectura

personal ni imponer una interpretación única. Solo quiere allanar el camino, abrir las puertas, ayudar a ver lo que Chesterton da por sentado. Lo demás —la reflexión, el juicio, la valoración— queda en manos del lector.

Además, es sorprendente —y revela la singularidad de Chesterton como escritor— la cantidad de referencias históricas, culturales, literarias y políticas que incluye el libro. Más asombroso aún resulta el hecho de que muchas de estas páginas fueron escritas en pocos días, sin consulta alguna de fuentes ni obras de referencia. Chesterton escribía de memoria, y con una velocidad pasmosa. Su mente funcionaba como un archivo viviente, y su pluma parecía conectada directamente con sus recuerdos. Esta forma de trabajo no está exenta de riesgos: hay inexactitudes. Pero también hay algo admirable en esta forma de escritura «inspirada», donde la fuerza del juicio y la visión global superan la necesidad del dato exacto. Lo importante no es tanto la precisión como la interpretación; no tanto el documento como la intuición moral que ilumina el conjunto.

El lector moderno encontrará en este libro muchas afirmaciones provocadoras, incluso inaceptables. Algunas se deben al contexto de guerra, otras al temperamento del autor. Pero detrás de cada exageración hay una intención seria. Chesterton no busca complacer ni convencer con sutileza. Quiere despertar, sacudir, obligar a pensar. Y lo hace no solo con argumentos, sino con imágenes, con paradojas, con frases que resuenan como sentencias. Por eso su estilo puede parecer a veces inadecuado para un análisis histórico. Pero lo que falta de precisión lo suple con visión, con un sentido ético que atraviesa todo el texto.

Miguel Romero

I. ALGUNAS PALABRAS PARA EL PROFESOR WHIRLWIND

Querido profesor Whirlwind¹:

Tu nombre en el alemán original es demasiado complicado para mí. La forma más cercana en la que me propongo abordarlo es la siguiente: bajo la majestuosa imagen de un viento puro que avanza en un movimiento completamente circular, me parece ver, como en una visión, algo de tu mente. Sin embargo, el gran aislamiento de tus pensamientos te lleva a expresarlos con palabras que son gratificantes para ti, pero que tienen un efecto inconspicuo o incluso desafortunado en los demás.

Si algo realmente se fuera a lograr con tu campaña moral contra la nación inglesa, era evidente que alguien, aunque fuera solo un inglés, debía mostrarte cómo dejar de especular y comenzar a ver lo real. Por lo tanto, me he vendido al servicio prusiano y, a cambio de un traje descartado del emperador (el uniforme de un guardiamarina inglés), de una receta de gas venenoso de una ama de casa alemana, de dos puros de dos centavos y de veinticinco

¹ Whirlwind se traduce como «torbellino». De ahí los juegos de palabras de Chesterton. No existe en realidad un tal profesor Whirlwind, se trata de un personaje ficticio, creado por Chesterton para designar las excusas teóricas de los gobernantes prusianos, sus comunicaciones y su prensa. Será común, en la obra de Chesterton, el ataque de la insensatez que está presente en los intelectuales.

Cruces de Hierro², he aceptado instruirte en los rudimentos de la controversia internacional. Sobre esta parte de mi tarea, tengo poco que decir aquí que no sea parte de una exhortación general para que observes ciertas reglas elementales. Dichas reglas, a grandes rasgos, son las siguientes:

Primero, mantén una sola excusa. Por ejemplo, si un comerciante, con quien tus relaciones son apenas formales, te sorprende manipulando las monedas de su caja registradora, tal vez puedas explicarle que te interesas por la numismática y eres un coleccionista de monedas; y es posible que te crea. Pero si luego le dices que te apiadaste de él por estar cargado con pesadas monedas de cobre, y que estabas a punto de reemplazarlas por seis peniques de plata de tu propiedad, esta segunda explicación, lejos de aumentar su confianza en tus motivos (por extraño que parezca), en realidad la disminuirá. Y si eres tan imprudente como para sugerir una tercera brillante idea, diciendo que las monedas eran falsas y que las estabas escondiendo para evitar que lo procesaran por falsificación, el comerciante incluso podría verse tentado a iniciar un proceso judicial él mismo.

Esto no es, en absoluto, una exageración de la manera en que has desmoronado cualquier caso que pudieras haber tenido en situaciones como el hundimiento del Lusitania³. Con mis propios ojos he visto las siguientes explicaciones, aparentemente prove-

² Las *Cruces de Hierro* (*Eiserne Kreuze* en alemán) son condecoraciones militares alemanas establecidas originalmente por el rey Federico Guillermo III de Prusia en 1813, durante las guerras napoleónicas. A lo largo de la historia, han sido otorgadas en varias ocasiones, especialmente en conflictos como la Guerra franco-prusiana (1870-71), la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial.

³ El hundimiento del Lusitania fue un evento clave de la Primera Guerra Mundial. Ocurrió el 7 de mayo de 1915, cuando el transatlántico británico RMS Lusitania fue torpedeado por un submarino alemán (U-20) frente a la costa de Irlanda. El ataque causó la muerte de 1.198 personas, incluyendo 128 ciudadanos estadounidenses, lo que generó una gran indignación internacional, especialmente en Estados Unidos.

nientes de tu pluma: (i) que el barco era un transporte de tropas que llevaba soldados desde Canadá; (ii) que si no lo era, entonces era un barco mercante que ilegalmente transportaba municiones para los soldados en Francia; (iii) que, como los pasajeros habían sido advertidos en un anuncio, Alemania estaba justificada al enviarlos volando por los aires; (iv) que había cañones, y el barco tuvo que ser torpedeado porque el capitán inglés estaba a punto de dispararlos; (v) que las autoridades inglesas o americanas, al enviar el Lusitania directo hacia los comandantes alemanes, los sometieron a una tentación insoportable; lo cual, al parecer, fue demostrado o intensificado por el hecho de que el barco llegó a la hora prevista, ya que algún principio misterioso sugiere que tomar el té a la hora del té justifica envenenar el té; (vi) que el barco no fue hundido por los alemanes, sino por los ingleses, ya que el capitán inglés intentó deliberadamente ahogarse junto con un millar de compatriotas para provocar un intercambio de notas diplomáticas entre el Sr. Wilson⁴ y el káiser⁵.

Si esta fascinante historia fuera cierta, solo puedo decir que tal devoción frenética y suicida por los intereses más remotos de su país casi merecería el perdón del capitán por el crimen. Pero, querido profesor, ¿no ves que la riqueza y variedad de tu genio inventivo arroja dudas sobre cada explicación cuando se analiza por sí sola? Nosotros, que te leemos en Inglaterra, hemos llegado a un estado mental en el que ya no importa mucho qué explicación

⁴ Se refiere a Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos (1913-1921). Wilson inicialmente mantuvo a E.E.UU. en una postura neutral durante la guerra, pero en 1917 declaró la entrada de su país en el conflicto contra Alemania. Es famoso por sus *Catorce Puntos*, una propuesta para la paz mundial y la creación de la Sociedad de Naciones.

⁵ Se refiere a Guillermo II de Alemania, emperador alemán y rey de Prusia (1888-1918). Fue una de las figuras más influyentes en el inicio de la Primera Guerra Mundial, defendiendo una política expansionista y militarista. Su apoyo a la guerra submarina sin restricciones y su responsabilidad en la agresiva política exterior alemana lo convirtieron en un símbolo del militarismo prusiano. Abdicó en 1918 tras la derrota de Alemania.

ofrezcas, o si siquiera ofreces alguna. Estamos preparados para escuchar que hundiste el Lusitania porque los hijos de Inglaterra serían más felices como peces de aguas profundas, o que todos los pasajeros a bordo regresaban para ser colgados. Te has explicado tan completamente, y de forma tan clara, ante los italianos que te han declarado la guerra, y si sigues explicándote de manera tan clara a los estadounidenses, es muy probable que hagan lo mismo.

Segundo, cuando cuentes mentiras que consideres necesarias para mantener tu estatus internacional, no las cuentes a las personas que conocen la verdad. No les digas a los esquimales que la nieve es de un verde brillante, ni a los africanos que el sol nunca brilla en ese continente oscuro. Más bien, dile a los esquimales que el sol nunca brilla en África; y luego, al voltear hacia los africanos tropicales, intenta ver si creen que la nieve es verde. De manera similar, el curso de acción que te conviene es difamar a los rusos ante los ingleses y a los ingleses ante los rusos; hay cientos de viejas y confiables calumnias que aún puedes usar contra ambos. Probablemente todavía haya rusos que crean que todo caballero inglés pone una cuerda alrededor del cuello de su esposa y la vende en Smithfield⁶. Y ciertamente hay aún ingleses que creen que todo caballero ruso usa una cuerda para azotar la espalda de su esposa todos los días. Pero estas historias, por pintorescas y útiles que sean, tienen un límite en su uso como todo lo demás; y ese límite consiste en el hecho de que no son ciertas, y necesariamente existe un grupo de personas que saben que no lo son.

Lo mismo ocurre con los hechos sobre los que te afirmas tan positivamente, como si fueran meras opiniones. Scarborough⁷

⁶ Smithfield se refiere a un área de Londres que, históricamente, fue conocida por su mercado de ganado y, en particular, por la práctica de la venta de esposas en siglos pasados.

⁷ Scarborough es una ciudad costera en el noreste de Inglaterra, en el condado de Yorkshire. Es conocida por su castillo medieval, su puerto y sus playas. Durante la Primera Guerra Mundial, fue bombardeada por la Armada alemana en diciembre de 1914, un ataque que causó gran indignación en Gran Bretaña porque Scarborough

podría ser una fortaleza; pero no lo es. Casualmente, sé que no lo es. El señor Morel⁸ puede que merezca ser universalmente admirado en Inglaterra; pero no lo es. Díselo a los rusos, sin duda; pero no nos lo digas a nosotros. Nosotros lo hemos visto a él; también hemos visto Scarborough. Deberías pensar en esto antes de hablar.

Tercero, no te jactes continuamente de estar tan cultivado cuando tu forma de expresarte demuestra lo contrario. Afirmas que te impones a todos porque estás lleno de ingenio y sabiduría, y que tienes suficiente para compartir con el mundo entero. Pero las personas que tienen ingenio suficiente, tienen también suficiente para una oración coherente en un periódico. Sin embargo, rara vez logras completar un párrafo sin ser monótono, irrelevante, ininteligible, contradictorio o simplemente incoherente. Si tienes algo que enseñarnos, enséñanos ahora. Si propones convertirnos después de conquistarnos, ¿por qué no hacerlo antes de la conquista? Tal como están las cosas, no podemos creer lo que dices sobre tu superior educación debido a la manera en que lo dices.

Si un inglés dice: «I don't make no mistakes in English, not me»⁹, podemos entender su comentario, pero no podemos aprobarlo. Decir: «Je parler le Frenche language, non demi»¹⁰ es comprensible, pero no convincente. Y cuando dices, como hiciste en un reciente llamado a los estadounidenses, que las potencias germánicas han sacrificado una gran cantidad de «fluido rojo» en defensa

no era una base militar fortificada, sino una ciudad abierta con población civil.

⁸ Probablemente se refiere a Edmund Dene Morel (1873-1924), un periodista y político británico que fue un fuerte crítico del imperialismo británico y de la participación de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial. Morel denunció los abusos en el Congo bajo dominio belga, pero durante la guerra se convirtió en una de las figuras principales del movimiento pacifista en el Reino Unido.

⁹ Una mala traducción literal sería: «Yo no hago no errores en inglés, yo no». Debería ser: «I don't make any mistakes».

¹⁰ Una mala traducción literal sería: «Yo hablar el Frenche lenguaje, no medio». Debería ser: «Je parle la langue française».

de su cultura, te señalamos que las personas cultas no emplean un estilo literario semejante. O cuando afirmas que los belgas eran tan ignorantes que pensaban que estaban siendo masacrados cuando no lo estaban, solo nos preguntamos si tú eres tan ignorante como para pensar que te están creyendo cuando no es así.

Por ejemplo, cuando te ufanaste de haber incendiado Venecia¹¹ para expresar tu desprecio por los «turistas», no podemos pensar mucho en esa cultura que supone que San Marcos es solo un lugar para turistas y no para historiadores. Esto, sin embargo, sería el menor de nuestros juicios desfavorables. El juicio es definitivo cuando leemos un párrafo como este, destacado en un periódico donde tiendes a explayarte: «Que los italianos son perfectamente conscientes de que esta ciudad de antigüedades y turistas está sujeta, y con razón, a ataques y bombardeos, lo prueba el hecho de que al comienzo de la guerra tomaron medidas para proteger algunos de sus más grandes tesoros artísticos». Ahora bien, la cultura puede o no incluir la capacidad de admirar antigüedades y abstenerse del placer de destruirlas como si fueran juguetes. Pero presumiblemente la cultura incluye la capacidad de pensar. Para intelectos menos laboriosos que el tuyo, generalmente es suficiente pensar una vez. Pero si tú insistes en pensar dos o veinte veces, eventualmente te darás cuenta de que hay algo erróneo en el razonamiento que sostiene que el hecho de colocar diamantes en una caja fuerte prueba que están «con razón» sujetos a un robo.

La insistente afirmación de este tipo de cosas difícilmente ayudará a difundir tu supuesta cultura superior; y si las repites demasiado, la gente podría incluso empezar a dudar de si realmente tienes alguna cultura superior. Tu sincero amigo, que ahora te aconseja, no puede evitar lamentar tal imprudente locuacidad. Si te limitaras a decir una sola palabra, pronunciada a intervalos de un

¹¹ El bombardeo de Venecia por parte de las fuerzas austrohúngaras y alemanas ocurrió en varias ocasiones durante la Primera Guerra Mundial.

mes o más, nadie podría objetar ni criticar racionalmente. Con el tiempo, tal vez llegarías a formar oraciones completas sin revelar el verdadero estado de tu mente.

Mi estimado profesor, debido a la falta de atención a estos principios, cada uno de tus ataques a Inglaterra ha fallado. En realidad, no han dado en el blanco, un blanco que los verdaderos críticos de Inglaterra conocen como un punto muy vulnerable. Tenemos un crítico auténtico de Inglaterra en el señor Bernard Shaw¹², cuyo nombre mencionas, pero que aparentemente no sabes escribir, ya que en el periódico al que he aludido lo llamas el señor Bernhard Shaw. Quizá creas que él y Bernhardi¹³ son la misma persona. Pero si citaras correctamente las declaraciones del señor Bernard Shaw en lugar de malinterpretar su nombre, descubrirías que su crítica a Inglaterra es exactamente opuesta a la tuya; y, como es natural, es una crítica racional. Él no culpa a Inglaterra por estar en contra de Alemania; lo que realmente critica es que Inglaterra no haya estado lo suficientemente firme y enfática del lado de Rusia. No es tan tonto como para acusar a Sir Edward Grey¹⁴ de ser un maquiavélico diabólico

¹² George Bernard Shaw (1856-1950) fue un dramaturgo, crítico y ensayista irlandés, conocido por su aguda sátira social y su defensa del socialismo. Fue una de las figuras literarias más influyentes de su tiempo y ganó el Premio Nobel de Literatura en 1925.

¹³ Friedrich von Bernhardi (1849-1930) fue un general prusiano y escritor militar que adquirió notoriedad por su libro *Deutschland und der nächste Krieg* (1911), traducido como *Alemania y la próxima guerra*. En este libro, argumentaba que la guerra era un instrumento legítimo y necesario para el progreso de las naciones, defendiendo la expansión alemana como un imperativo histórico. Su obra influyó en la mentalidad militarista del Imperio alemán antes de la Primera Guerra Mundial y contribuyó a la percepción de Alemania como agresora.

¹⁴ Sir Edward Grey (1862-1933) fue un político británico del Partido Liberal y ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido desde 1905 hasta 1916. Es más conocido por su papel en la diplomacia antes y durante el inicio de la Primera Guerra Mundial. Fue él quien, en vísperas del conflicto, pronunció la famosa frase: «Las luces se están apagando en toda Europa. No las volveremos a ver encendidas en nuestra vida». Grey intentó mantener la paz mediante la diplomacia, pero también fue firme en el apoyo británico a Francia y Bélgica frente a la agresión alemana.

conspirando contra Alemania; lo acusa de ser un aristócrata afable que no logró disuadir a los *Junkers*¹⁵ de su plan de guerra.

Aquí no se trata de si nos gusta más una cualidad u otra; estoy casi seguro de que el señor Shaw detestaría ese compromiso verboso mucho más que una conspiración directa. Se trata simplemente del hecho de que los ingleses como Grey son susceptibles a las críticas de Shaw, pero no a las tuyas. No es cierto que los ingleses fueran lo suficientemente lúcidos o controlados como para conspirar en favor de la destrucción de Alemania. Cualquier persona que conozca Inglaterra, cualquier persona que odie a Inglaterra como se odia a un ser vivo, te dirá que no es cierto. Los ingleses podrán ser esnobs, plutócratas o hipócritas, pero no son, en los hechos, conspiradores; y dudo seriamente que pudieran serlo, aunque lo intentaran. La mayoría del pueblo es completamente incapaz de conspirar, y si el pequeño grupo de ricos que financia nuestra política conspiraba por algo, era por la paz a casi cualquier precio.

Cualquier londinense que conozca las calles y los periódicos de Londres, como conoce la columna de Nelson¹⁶ o la Inner Circle¹⁷, sabe que había hombres en la clase gobernante y en el Gabinete que literalmente ansiaban defender a Alemania, hasta que Alemania, por su propio acto, se volvió indefendible. Si no dijeron nada en defensa de la violación de la promesa de paz a Bélgica, es simplemente porque no había nada que decir.

¹⁵ Los *Junkers* eran la aristocracia prusiana, una clase de terratenientes militares y conservadores que desempeñaron un papel clave en la política y el ejército del Imperio alemán. Eran influyentes en el gobierno y promovieron el militarismo alemán, apoyando la expansión y la guerra como medio para fortalecer a Alemania.

¹⁶ La Columna de Nelson es un monumento icónico ubicado en Trafalgar Square, Londres, erigido en honor al almirante Horatio Nelson, héroe de la Batalla de Trafalgar (1805).

¹⁷ En Londres, el Inner Circle es una de las principales vías circulares dentro de Regent's Park, una de las zonas verdes más famosas de la ciudad. Parece que también es cierta especie de juego de palabras, dado que el término *Inner Circle* a veces se usa para describir un grupo de élite dentro de una organización, como un círculo íntimo de consejeros o dirigentes.

¿Puede un hombre defender a su patria enumerando con saña sus peores pecados? Publicada en 1915, en plena Primera Guerra Mundial, e inédita en español, *Los crímenes de Inglaterra* es una obra concebida, estructurada y recopilada en su totalidad por el propio G. K. Chesterton bajo un título paradójico, como es característico del autor.

Lejos de ser un panfleto antipatriótico, este libro es un brillante ejercicio de ironía y lucidez geopolítica. Chesterton sostiene que el mayor «crimen» histórico de Inglaterra no fue su ambición imperial, sino su ingenuidad: una complacencia ciega que la llevó, durante dos siglos, a aliarse con el frío militarismo prusiano. En palabras del propio autor: «Me siento orgulloso de haber escrito *Los crímenes de Inglaterra*, un libro con una lista de los auténticos pecados del Imperio británico a lo largo de la historia moderna, en el que se ponía de manifiesto que el Imperio germánico no solo cometía todos estos pecados, sino que eran aún mucho peores».

Una novedad editorial imprescindible en la que el maestro de la paradoja analiza, con la urgencia del frente de batalla, el destino de Europa.

LOS CRÍMENES DE INGLATERRA



Depósito Legal: M-16891-2026



ISBN: 978-84-1339-295-0



9 788413 392950